

Construcción y disputa de alteridades etarias en contexto sociourbano de pobreza en La Plata (Argentina).

María Celeste Hernández y Mariana Chaves.

Cita:

María Celeste Hernández y Mariana Chaves (2012). *Construcción y disputa de alteridades etarias en contexto sociourbano de pobreza en La Plata (Argentina)*. VII Jornadas de Sociología de la UNLP. Departamento de Sociología de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, La Plata.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-097/258>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Construcción y disputa de alteridades etarias en contexto sociourbano de pobreza en La Plata (Argentina)

Lic. María Celeste Hernández (mcelestehernandez@gmail.com)

CONICET-UNLP / IDAES, UNSAM

Lic. Josefina Cingolani (cingolanijosefina@gmail.com)

UNLP

Dra. Mariana Chaves (mchaves@fcnym.unlp.edu.ar)

CONICET - UNLP / UNTREF

Grupo de Estudios en Juventudes, Núcleo de Estudios Socioculturales.

Facultad de Trabajo Social. UNLP

Espacios heterogéneos

Un investigador francés vino a un congreso en la ciudad de Buenos Aires en 2010, nos habíamos conocido en una visita anterior, y quedamos ahora en que vendría a La Plata. Quería conocer el lugar donde trabajábamos, del que le hablábamos como espacio de nuestro trabajo de campo con niños, adolescentes y jóvenes¹ en condiciones de pobreza. Lo buscamos en la terminal de ómnibus y fuimos en el auto. En el trayecto dejamos atrás la simetría que ordena la cuadrícula fundacional de la ciudad para adentrarnos en otras zonas. Manzanas creadas por un proceso de suburbanización que no se ajustó a los parámetros de damero perfecto del casco histórico, queda en evidencia la estructuración desigual de La Plata, entre el adentro y el afuera según una descripción bastante extendida en la población (Segura, 2010).

Llegamos al barrio y empezamos a caminar. Hacía mucho calor. "No es como me lo imaginaba"² fue una de las primeras cosas que dijo Michel, "no es un barrio pobre" agregó cuando íbamos por la tercera cuadra andando por la calle sin veredas. "¿Qué imaginabas?" le preguntamos. "Una villa", dijo, "casas apiñadas, pasillos, madera, chapas, superpoblación, hacinamiento". "En este barrio hay pobres, pero no es una villa. No todos los pobres viven en villas o asentamientos" comenzamos a explicar mientras avanzábamos por las calles de tierra, bordeadas de zanjas con el agua a veces estancada, y algunos

¹ En la ponencia usaremos la sigla NAYJ para referir a niños, adolescentes y jóvenes.

² Adoptamos como formato de estilo las comillas para palabras textuales de entrevistados o conversaciones de campo, y las cursivas para términos de referencia científica.

vecinos en el espacio delantero de las casas tomando tereré a la sombra. Si el espacio físico se superpone de manera *turbia* (Bourdieu, 1999) con el espacio social, Barrio Aeropuerto ejemplifica este carácter cada vez que las distancias sociales no se corresponden con estar lejos físicamente.

Desde la perspectiva sociourbana puede describirse al barrio como heterogéneo y desigual. Esto quiere decir, por ejemplo, que posee una estructura variada en términos de construcción y habitabilidad. La diferencia en los tipos de materiales utilizados para la construcción de las viviendas se plasma en una misma cuadra: casas con paredes de mampostería y techos de chapas o tejas, y casas de paredes de madera, sin baldosas en los pisos, y chapas de cartón o zinc en el techo (casillas). Unas con el baño adentro de la casa, completo con inodoro y ducha, otros solo un retrete, y varios con el baño fuera de la casa, en general coincidiendo para el primer caso con cañerías de agua dentro de la casa, y para el segundo sin ellas.

El barrio forma parte de la Delegación Municipal Villa Elvira. Es una de las 18 que conforman el Partido de La Plata y de acuerdo al Censo Nacional de Población y Vivienda 2001 cuenta con 59.476 habitantes³. Es uno de los casos que muestra la expansión paulatina de la urbanización hacia el sudeste. Se asienta sobre un ambiente morfológico denominado de "alta terraza" correspondiente a las Lomas de Ensenada, esta característica provoca permanentes conflictos hidráulicos que se agravan por la baja permeabilidad del suelo y porque el escurrimiento natural del sector a través de los Arroyos El Pescado y Maldonado es insuficiente.

No se han construido datos estadísticos para el barrio, no lo hemos hecho en nuestra investigación y a nivel local solo se desagrega hasta tamaño de Delegación Municipal. El problema de esa información es que su lectura no dice sobre las características propias de esta parte de la delegación, sino que generaliza homogenizando las diferencias y desigualdades internas de la zona. Creemos que valen de todos modos algunos datos, no para la interpretación de la heterogeneidad interna, sino para dar cuenta de las desigualdades con otras delegaciones del partido. Por ejemplo Villa Elvira se encuentra en

³ A la fecha de la ponencia siguen sin estar disponibles los datos del censo 2010 desagregados por partido y por delegación.

séptimo lugar en comparación al resto con respecto a la calidad de los materiales de las viviendas. Cuando se mide la pobreza por el índice de Privación Material de los Hogares, el 63.9% no presenta privación y el 36.1% restante presenta distintos tipos de privación⁴, formando entonces parte la delegación del primer grupo de nivel crítico. Desde el dato de Necesidades Básicas Insatisfechas, de los 16.418 hogares, 13.955 no presentan mientras que 2.464 si las presenta.⁵

Como ya indicamos, las cifras anteriores al mismo tiempo que aportan valores específicos para determinadas variables, no nos muestran de qué manera se distribuyen esos datos en la población. Para ello se hace necesario *andar por el barrio*, poder observar cómo toman forma las cifras que nos brindan los estudios estadísticos. En ese andar observamos cómo calles de asfalto y de tierra se entrecruzan, y que quedan algunos predios baldíos, cada vez menos, pero se puede decir que no está totalmente consolidado el espacio construido. Se erigen consecutivamente viviendas de materiales caros, con otros más inestables, casas de madera de una sola pieza, con chalets de tres habitaciones, o viviendas autoconstruidas con paredes de ladrillos y cemento –esto es la mayoría-. Algunas totalmente terminadas, otras de reciente hechura, otras con muchos años, otras en permanente obra. La infraestructura de servicios se distribuye sin planificación, generando una imagen de aleatoriedad en su disponibilidad. El tipo de acceso puede estar determinado por el pago o no, y la calidad puede ser diferencial si se trata de conexiones clandestinas a los servicios (agua, electricidad, televisión por cable).

Retomando los planteos de Alicia Gutierrez (2007), nos preocupa pensar los distintos aspectos y relaciones que posicionan diferencial y desigualmente a las personas en el

⁴ Distribuidos 16.1% de recursos corriente (se asocia con la insuficiencia del flujo monetario que sirve para cubrir necesidades de consumo inmediato, como aproximación se utiliza la capacidad económica de los hogares); 10.1% patrimonial (se asocia con la imposibilidad de acumular capital físico o humano, como aproximación se utilizan las condiciones habitacionales) y 9.9% convergente (la simultaneidad de las anteriores en un mismo hogar).

⁵ Los hogares con Necesidades Básicas Insatisfechas son aquellos que presentan al menos uno de los siguientes indicadores de privación: a- hacinamiento (hogares que tuvieran más de tres personas por cuarto); b- hogares en una vivienda de tipo inconveniente (pieza de inquilinato, vivienda precaria u otro tipo, lo que excluye casa, departamento y rancho); c- (hogares que no tuvieran ningún tipo de retrete); d- (hogares que tuvieran algún niño en edad escolar (6 a 12 años) que no asistiera a la escuela); e- (hogares que tuvieran cuatro o más personas por miembro ocupado y, además, cuyo jefe no haya completado tercer grado de escolaridad primaria). Según metodología utilizada en "La pobreza en la Argentina" (Serie Estudios INDEC. N° 1, Buenos Aires, 1984).

espacio social. En las mismas manzanas del barrio o en la próxima, pueden ubicarse familias socialmente distantes, habitantes que son diversos en relación a los capitales que poseen (sociales, económicos, culturales y simbólicos). La autora, desde una perspectiva relacional para el análisis de la pobreza, reconoce que el valor que adquieren los capitales en cada caso no pueden tomarse como esencia, sino que existen y tienen importancia en un contexto estructural determinado. Para nuestro caso podemos reconocer que el capital económico de los habitantes se relaciona a sus puestos de trabajo, que en algunos casos son registrados y permanentes, mientras que en otros se trata de trabajos irregular y en general del tipo no registrado. Hay casos en que los habitantes son propietarios de los terrenos y viviendas, mientras que en otros no, encontrándose en condición de inquilinos, ocupantes o a préstamos tanto del terreno como de la casa.

En relación a la escolaridad algunos jóvenes y adultos tienen estudios universitarios, mientras otros sólo cursaron algunos años en la escuela primaria. Hay familias que pertenecen a sectores medios, o resultado de procesos de descenso social, hoy empobrecidos respecto al pasado familiar y otras que han mejorado su calidad de vida porque antes la pobreza era mayor. Las trayectorias de vida familiares, así como las relaciones sociales que establecen sus miembros por haber trabajado, pasado por determinadas instituciones, mantener relaciones de amistad o de parentesco moldean el capital social.⁶ La posición social de los grupos familiares y personas con que trabajamos debe pensarse también, en relación a otros clivajes que emergieron con relevancia, como el género, la edad y la nacionalidad.

La disponibilidad de terrenos, y la posibilidad de adquirir o alquilar viviendas a bajo costo, han propiciado el traslado de personas vinculadas entre sí por lazos de parentesco o lugar de origen, haciendo que los vecinos sean además, en muchos casos, integrantes de un mismo grupo familiar o de una misma región. “Somos pobres, pobres, así, que no tenemos ni un peso” explicó Juliana, una de las chicas del barrio. Esta es una percepción de la ubicación del sujeto en un sistema que arma posiciones diferenciales según el dinero que se posee. La autopercepción de la condición de pobreza y el lugar donde se ubican en relación

⁶ Según Gutiérrez, “de la gama de recursos posibles, el capital social aparece como uno de los más importantes a la hora de analizar situaciones de pobreza” (2007:21)

a otros, se habilita por la experiencia de la desigualdad, de la diferencia conocida de cómo es la vida de otros y de cómo fue/es/o podría ser la vida propia si se tuviera, por ejemplo, más dinero.

El desencuentro entre la percepción espacial de la pobreza del colega francés y la nuestra descrito en páginas anteriores nos sirve como ejemplo para mostrar que las representaciones, en este caso una representación social expandida de la pobreza en Argentina, incluye una determinada forma espacial que se estereotipa en las unidades residenciales del tipo villa. La condición de pobreza se acompaña con una determinada espacialidad⁷ es decir, se asocia con una serie de suposiciones sobre la organización del espacio, usos y modos de habitarlo⁸. No desconocemos las condiciones materiales de los lugares de residencia, pero queremos a ese conocimiento, generalmente definido desde “fuera” del barrio, un punto de vista etic, ponerlo en diálogo con un punto de vista emic, es decir, que tenga en cuenta las miradas, deseos o pesares de las personas que allí viven, así como su definición de las condiciones de vida y su espacialidad. Para ello desarrollamos una mirada etnográfica *de cerca y de dentro* (Magnani, 2002) problematizando los modos de habitar en primer lugar a través de la dimensión etaria, pero con la permanente presencia de las dimensiones clase y género.

Nuestras etnografías están hechas junto a niños, niñas, adolescentes y jóvenes de grupos familiares que pertenecen a los sectores más pobres del barrio. Producida en un cruce entre prácticas de investigación y de participación en una organización social⁹ intentamos interpretar sus modos de ver, hacer y sentir la ciudad. Identificamos que el barrio ocupa un lugar central en su cotidiano, donde transcurren tiempos y espacios en un constante ver y ser visto (Chaves, 2009, 2011; Hernández y otros, 2010). Esto nos lleva a referirnos al barrio como un espacio denso, que condensa e intensifica las relaciones entre las personas que lo habitan, y cuya densidad es mayor aún si consideramos que a muchos de ellos les alcanzan los dedos de las manos para contar las veces que “salieron del barrio” o fueron “al centro”.

⁷ Trabajaremos con la noción de espacialidad en el sentido que la utilizan Alicia Lindón (2005, 2006) y Sherry Ortner (2005).

⁸ Los modos de habitar, como categoría analítica, está retomada del trabajo de Michel de Certeau (2000).

⁹ Se describe en próximo apartado.

Andar por el barrio

Desde lejos nos mira un grupo de chicos conocidos, reunidos en la esquina, frente a la escuela. Una mujer se acerca, le pregunta a la investigadora cómo anda y sigue. Desde la verdulería saluda la tía de Rosa y luego nos cruzamos con dos de sus hijos que llevaban una jarra de plástico en dirección a su casa. Llegando a la entrada del pasillo, sorteando las chapas ubicadas sobre el suelo embarrado por las lluvias de los últimos días, entra la investigadora con intención de visitar a una de las familias con las que hace su trabajo etnográfico. Se encuentra con Rosa, que había ido a la escuela a la mañana, y ahora salía apurada a buscar a su hermano menor.

La jornada en la “casa de los bebés”¹⁰, donde el pequeño asiste diariamente, ya había finalizado, y a Rosa se le había hecho tarde para ir a buscarlo por mirar televisión. Iba preocupada pensando que su mamá la retaría si volvía de trabajar y se enteraba que se había demorado tanto en retirarlo. Ofrecimos acompañarla y salimos hacia la calle sorteando nuevamente los charcos de agua del pasillo. Sentada sobre un banco en la vereda de la “casa de adelante”, estaba Diana, con su hermano bebé en la falda. Junto a ella jugaban a las bolitas dos de sus hermanos y otros niños que viven del otro lado de la calle. Al vernos preguntaron dónde íbamos y tras la respuesta de Rosa seguimos ligero nuestro camino. En la esquina nos encontramos con Rocío que iba caminando en el sentido opuesto, ya había cumplido con la tarea asignada, y regresaba a su casa con su hermana pequeña de la mano.

¹⁰ En lo que se conoce como Barrio Aeropuerto (B.A), y es parte de la Delegación Municipal de Villa Elvira, Partido de La Plata, se ubican tres emprendimientos sociales de una organización social que trabaja con niños, adolescentes y jóvenes desde hace más de 25 años, contribuyendo a achicar la brecha en la efectivización de derechos de los chicos y chicas, y así mejorar las condiciones de vida de ellos y sus familias. La organización se compone de un hogar convivencial, un centro de día y cuatro emprendimientos productivos ubicados en otro barrio, y tres centros de día en éste. Todos estos emprendimientos forman parte del Sistema de Promoción y Protección de Derechos de Niños, niñas y adolescentes que articula la Subsecretaría de Niñez y Adolescencia del Ministerio de Desarrollo Social de la Provincia de Buenos Aires en la implementación de la Ley Provincial 13.298. Se trata de un sistema donde el estado terceriza –para decirlo de algún modo- la atención de los chicos en organizaciones sociales o fundaciones, financiando parcialmente el funcionamiento y monitoreando el trabajo. Los centros de día nombrados en este trabajo, están ubicados a unas cuadras uno de otro, como ya dijimos, en el mismo barrio. Uno es conocido como “la casa de los bebés”, y está destinado a niños desde su nacimiento hasta los cinco años de edad. El otro es “la casita” o “la casa de los niños”, donde van los que tienen entre 5 y 12 años. Y finalmente “la casa joven” donde participan adolescentes y jóvenes a partir de los 13 y hasta los 18 años. A los tres centros se asiste algunas horas diarias realizando actividades de recreación y educativas, reciben alimentación y asistencia para la resolución de vínculos con el estado (trámites, juicios, documentación, salud, entre otras). Los espacios institucionales poseen uno o dos coordinadores y adultos educadores (término empleado por los integrantes de la organización para referir a los adultos que trabajan con los chicos, posee un vínculo de sentido con la noción de educador popular).

Rosa después saludó a una señora mayor que tomaba mate junto al cerco de su vivienda, "le dicen la abuela, a veces nos regala cosas cuando le vamos a hacer los mandados" explicó. Seguimos por otra calle, una joven ordenaba objetos en el patio de su casa junto a su hermano menor, nos saludó al pasar preguntando por la hermana mayor de Rosa. Al llegar a la "casita" entró a buscar a su hermano. Leandro sale descalzo con las zapatillas en una mano y un pedazo de pan en la otra, la mujer que cuidaba la puerta nos hace un comentario, la saludamos y nos vamos.

Leandro camina unos pasos detrás nuestro observando todo lo que pasaba a su alrededor, se distrajo viendo hacia atrás a un grupo de hombres que volvían a sus viviendas con ropa de trabajo, y si no fuera por la advertencia de su hermana que no dejaba de mirarlo casi se cae en una de las zanjas. En ese entonces tenía dos años de edad. Permaneció un momento en una montaña de tierra y basura conversando con los hombres. Rosa lo esperó sin prestar mucha atención, y cuando terminó su charla seguimos caminando. Al llegar al pasillo nos encontramos con Diego, otro de los hermanos, que volvía de "la copa de leche"¹¹ haciendo equilibrio con una pesada olla, y saludó preguntando si ese día iríamos a la plaza.

Utilizando la tipología de dominios de Hannerz (1993) podemos describir los tiempos y espacios diarios, regulares, de estos niños y jóvenes: 1) *institucionales*: escuela, "casita", copas de leche, comedores, a veces templo; 2) *doméstico o de parentesco*: casa propia o de familiares ; 3) *de aprovisionamiento*: las casas o comercios donde van a pedir alimentos o trabajar (cuidar niños, limpiar casas, cuidar caballos, cortar pasto o ser ayudante en un taller mecánico casas propias o de familiares y amigos); 4) *recreación*: además de las casas propias, de amigos y parentesco, referimos a espacios públicos como plaza, veredas, esquinas, donde juegan, escuchan música, "hacen nada", andan en bicicleta, pescan o cazan palomas. En algunas oportunidades, con mayor frecuencia en la adolescencia y juventud van a la playa del Río de La Plata o al centro de la ciudad), y 5) *vecindad*: varía con la edad, entre la cuadra y zona más o menos distantes del hogar.

¹¹ Se nombran de este modo acciones colectivas organizadas en los sectores populares que ofrecen alimento en un territorio. Mayormente están liderados por mujeres, muchas funcionan en sus propias casas, algunas tienen locales solo para eso o usan edificios de otras instituciones del barrio (clubes, iglesias). Brindan cualquiera de las comidas del día, en general solo una y en los últimos tiempos en modalidad de vianda para llevar a la casa.

En la cuadra donde viven Rosa y sus hermanos viven muchos niños, pero los vínculos más estrechos los establece con quienes van a su misma escuela primaria, “la del barrio”, con ellos caminan juntos a los centros de día y se acompañan a buscar la merienda. También es con quienes comparten los espacios públicos cercanos a sus viviendas, o con quienes entran y salen de ellas. En la misma cuadra viven más niños. Su infancia transcurre en espacios diferentes a los de Rosa: no van a las escuelas del barrio, no se aprovisionan de comida en organizaciones, quizás realicen trabajo doméstico, pero no quedan a cargo de sus hermanos, y cuando están en el barrio permanecen dentro de sus casas. “Tienen más plata” explica Juliana, en el marco de aquella conversación sobre los que vivían en el barrio.

El significado de “barrio” puede pensarse en relación a la posición que el enunciador tenga en la estructura etaria¹². Por ejemplo, el barrio como lugar practicado por los niños y niñas de esta etnografía equivale a “la cuadra” en la escala de los adolescentes y jóvenes. El “afuera” de la casa se construye con una frontera semejante para ambos grupos de edad, pero el “afuera” del barrio es muy distinto, porque muy distinta es la dimensión del “barrio” para cada uno. Al mismo tiempo el “barrio” no denota solo espacio material, lugares y metros de distancia, sino que también nombra un espacio social de pertenencia demarcado por las relaciones que suceden en él: “el barrio es el lugar donde están mis amigos”, “es el lugar del que soy y al que defiendo”, “es mi familia”, “donde juego” y donde puedo ser y estar.

Las tareas domésticas en una vivienda con muchos integrantes son muchas, es frecuente que los chicos, y mayormente las chicas, colaboren en la limpieza y se ocupen del cuidado de los niños más pequeños. El uso del tiempo y del espacio de quienes tienen a su cuidado a niños más pequeños se debate entre responsabilidades y deseos, y da lugar a tensiones que los cuidadores resuelven en muchos casos incorporando a los pequeños a sus actividades. Así por ejemplo, Carina conoce una de las plazas más distantes en la zona porque allí se reúnen sus hermanos adolescentes con sus amigos, y como ella suele quedar a su cuidado la llevan a donde vayan. La niña contaba que al llegar se va a los juegos y se queda ahí con otros chicos, mientras sus hermanos juegan al fútbol o conversan con los demás. Luciano

¹² Tenemos como referencia las conceptualizaciones de Evans-Pritchard (1977) sobre la relación entre espacio y sociedad, y de Merklen (2005) sobre los múltiples significados que puede adoptar el “barrio”.

en varias oportunidades fue al centro de la ciudad con su hermano, en el marco de salidas de varones más grandes, que a veces se pelean y donde él recordaba con orgullo que participó defendiendo a los del barrio. La posibilidad de ampliar el espacio de circulación para los niños se abre en compañía de alguien mayor. Esta experiencia del espacio junto a otros puede involucrar a padres, madres, pero en múltiples ocasiones son los hermanos o primos mayores los que hacen posible el andar por un “barrio” que se va haciendo para ellos, cada vez más extenso.

El hecho de pasar buena parte del día en el espacio público caracteriza a la infancia y juventud de los sectores más pobres del B.A. que lo habitan en ese andar, conocen lugares y se conocen. En ese andar también se hacen cuerpo las distancias sociales cuando la atención de los niños se dirige a las casas de mayor porte, con portones eléctricos, o cuándo la mirada, tanto de ellos como de los adolescentes se dirige a motos o autos nuevos, a los cuales –o junto a los cuales se- toman fotografías. Los espacios de vida se amplían caminando con otros, pero en el mismo proceso no sólo se recorren distancias mayores, sino que se abren nuevos espacios de sociabilidad. En el cruce con cada persona, parecería que se juega el lugar que cada uno tiene en el barrio. Lugar en términos de fama y prestigio, de ser alguien reconocido por algo, mi paso deja marca. Hay una diferencia de género marcada en la forma de transitar la calle entre mujeres y varones adolescentes y jóvenes. En los varones cabría una interpretación en términos de construcción de masculinidad a partir de territorios de dominación. El cuerpo adopta un tono de ir alerta, y/o ocupando un buen espacio, se eleva el volumen de la voz, se va por la calle intentando que sean los vehículos los que se corran y no el peatón, se puede ir arrojando piedras a distintas cosas, o se van golpeando entre ellos en un juego de manos y patadas que los hace reír, insultar y avanzar en sentidos cómplices. Si se cruzan con chicas les dirán cosas, en general con comentarios inscriptos en seducciones que incluyen frases sexuales explícitas o palabras que nombran la posesión que se quiere hacer sobre la chica/mujer, sobre los deseos que ellos suponen ellas tienen, y sobre diacríticos de belleza por ellos valorados. Cuando la chica/mujer no es de su agrado, se lo hacen saber. Las chicas los ven venir y parecen prepararse para escuchar, no saben si será a favor o en contra de su imagen femenina. Su tono muscular se tensa, pero creando una representación de timidez: bajan la cabeza, los miran de reojo. Otras veces, miran a alguno en particular, sonrían, o se mantienen altivas pasando a su lado como si

ellos no estuvieran ahí. Las prácticas de cortejo están llenas de vericuetos comunicacionales, desencuentros de señales o concordancias. Los cruces son múltiples en el barrio, se continúan en las escuelas –porque van a la misma o porque van a las puertas de otra para verse-, y en las “jodas” que hacen en las casas.

El anochecer imprime otra dinámica al barrio. Al bajar el sol los chicos comienzan a preocuparse por regresar a casa, “se está haciendo de noche” repiten mientras apuran el paso. Varias tardes, en su casa, Darío nos señalaba la ventana para indicar que se hacía de noche, y por tanto que tendríamos que regresar a nuestras casas. Los temores asociados a la oscuridad, que se profundizan en las zonas en que la luminaria pública está ausente, limitan el uso del espacio público que va quedando gradualmente vacío. Hacia la hora de la cena, los niños y adolescentes tienen que estar en su casa.

Ese mismo atardecer que indica a algunos meterse adentro, habilita otros encuentros. Da inicio al tiempo de la ocupación de la esquina por varones jóvenes, más grandes que los que hemos descripto en párrafos anteriores. “Esa” esquina, cruzando la calle de la casa de Darío, es donde se juntan “los pibes de la esquina”, y son foco de atención de quienes conviven cotidianamente con ellos. Permanecen hasta la noche conversando, observando el movimiento de la calle, fumando o consumiendo alcohol. Sus prácticas son centro de atención de quienes viven en las proximidades y se generan interacciones que son tematizadas en los relatos. Los adultos, como los niños y otros jóvenes, los conocen por sus nombres, muchos de ellos “nacieron en el barrio” y al igual que para otras personas, sus vecinos pueden trazar para ellos su red de parentesco, conocen sus lugares de residencia, y están al tanto de sus acciones. En una combinación de miedo y respeto, la mayoría evita intercambiar con ellos palabras o miradas, pero su presencia no pasa inadvertida.

El discurso de la seguridad emerge en relación a ellos en dos formatos, como protección y como peligro. Para este último caso Mirta, mamá de 7 hijos, relata su deseo de cambio en relación a “la seguridad de los muchachos que se juntan en la esquina, eso me gustaría que el día de mañana cambiara”, alega que “no es buen ejemplo para los chicos chiquitos” y argumenta que “uno tiene que estar explicándole a los hijos qué hacen, que no están haciendo, que por qué, si está bien o está mal, tenés que estar vigilando”. Su comentario se amplió con el relato de una serie de robos a viviendas vecinas en ausencia de sus

propietarios y el cuidado que debían tener para evitar que sus casa quedaran solas bajo la hipótesis que habían participado “los de la esquina”. Otro vecino contó las peleas que tales robos habían generado y las amenazas que continuaban vigentes sobre los jóvenes de parte de hombres adultos cuyos sus hogares habían sido violentados supuestamente por ellos. Con el formato de la protección, el discurso de otra mamá, Griselda, afirma que a pesar que “son juntas malas” para sus hijos, “Los pibes esos que paran en la esquina los hacen respetar a los chicos. Ponele, las nenas, que nadie les venga de otro lado a decirles nada, que nadie se pase porque ellos enseguida lo ubican al que se pasó”. Será necesario en el avance de la investigación profundizar este punto, estableciendo vinculación con la cuestión de la dominación territorial masculina que mencionamos para otra situación en párrafos anteriores. La presencia en la esquina, a diferencia de otras situaciones en que personas pertenecientes a diferentes grupos etarios comparten un mismo lugar, pone en evidencia un conjunto de representaciones y valores sobre el uso del tiempo, la comercialización y consumo de drogas y alcohol, el trabajo, las relaciones de género, y la productividad de los sujetos, para los que todos tienen una narración elaborada. Muchos adultos lo hacen colocando a estos jóvenes en un tiempo-espacio-acción alejado de las proyecciones para sus hijos, es el lugar al que no hay que ir, en el que no hay que estar, y mucho menos “terminar ahí”.

Los límites de la casa

La gramática del espacio separa simbólicamente la casa y la calle como si fuesen dos dominios de sentidos opuestos de intimidad, afectos y relaciones personales por un lado, y por otro aquellos ordenados por los decretos, leyes y mecanismos impersonales. Varios autores han discutido sobre este par categorial (Da Matta, 1997; Magnani, 1998; Da Silva y Vogel, 2007), pero sobre todo han mostrado a partir de análisis de campo, que se trata de términos relacionales y su definición es contextual, además de resultar insuficientes en el sentido de no alcanzar para nombrar algunas dinámicas de la construcción de los límites de “la casa”.

Las dimensiones de la vivienda en comparación con las casas publicitadas para el modelo de familia de la modernidad capitalista son escasas. No hay un espacio dormitorio para

cada integrante, o para separarlos por grupos de edades o género, como marca la cartografía moral hegemónica. Como tampoco en general hay un espacio de comedor, cocina y living separados como muestran las imágenes televisivas y publicitarias. La vida cotidiana puertas adentro transcurre en un intenso estar juntos, en un verse y rozarse permanente, donde la *intimidad* construida como lugar donde el otro no puede entrar, no puede tocar, no puede mirar, está marcado por lo que hay dentro de un cajón o una caja, o un límite construido por una cortina, por un ropero o por la disposición misma de los muebles, que si no somos cuidadosos como visitantes, no reconocemos, y podemos estar parados en lugares que no son los que corresponden a la visita. Un análisis de las regulaciones del espacio al interior de la casa, indican que las personas con una jerarquía menor en la organización familiar, por ejemplo los hijos, y entre hermanos los más chicos, deben principalmente acatar la distribución del espacio (y el tiempo) que se les ofrece. Por supuesto, y es una causa de conflictividad grande, protestarán disputando los límites.

Actividades como limpiar la vajilla, lavar y colgar la ropa, hacer las tareas escolares, jugar, o sentarse con las visitas a conversar y tomar mate se realizan muchas veces, si el clima lo permite, en los espacios *por fuera* de las paredes de la vivienda, pero se sigue dentro de *la casa*. El uso de este espacio *intermedio* entre casa y calle, junto a la cercanía entre las viviendas, habilita que mientras se vive la *intimidad* del hogar sea posible observar, escuchar y conocer la vida de algunos vecinos, del mismo modo que se es observado y escuchado. Esta misma dinámica es la que ocurre adentro de las paredes si el punto de vista lo colocamos en las relaciones entre edades y géneros. Al crecer, se intentará una ocupación del espacio, una toma de decisiones sobre el tiempo y un uso del propio cuerpo y las acciones que se realizan cada vez más autónomos. Este proceso vuelve generalmente atractivo estar “afuera” (no es de todos modos posible homogeneizar), jugar en las veredas, la calle, reunirse en una esquina, ir a la plaza y salir de la casa. O quedarse dentro, pero en lo posible solo/a.

Un rasgo sobresaliente de la espacialidad de los niños, diferente a la de adolescentes y jóvenes, es el lugar central que ocupa la cuadra donde se ubica su vivienda y la de sus pares. Si bien gran parte de su tiempo transcurre en el espacio público, las casas son lugares de referencia, cuyos límites parecen re dibujarse a partir de su continuo entrar y salir

poniendo en tensión la dicotomía casa - calle (Thomassim, 2007). El espacio de la calle es donde se encuentran con sus amigos y con la posibilidad de entretenerse fuera de la mirada de sus cuidadores (aquí sí hay coincidencia entre los más chicos y más grandes).

En este corrimiento situacional de límites, la casa no se desdibuja para todos ni todo el tiempo. El ingreso está socialmente regulado. Los límites simbólicos de la vivienda, señalan a quienes están habilitados o no a pasar de la calle a la casa. La posibilidad de pasar la puerta de ingreso, el alambrado, el cerco, o el borde, dependerá de las confianzas, redes de relaciones y conflictos que eventualmente puedan existir entre los residentes y sus visitantes. Para niños, adolescentes y jóvenes, también rigen tales pautas pero se flexibilizan sobre todo para los más chicos. En ocasiones las relaciones entre adultos pueden influir en las viviendas que son visitadas por los NNAyJ, pero también éstos se vinculan entre ellos según su propio criterio. Esto se acentúa, de forma conflictiva para los adolescentes y jóvenes que no cumplen con los imperativos que se les indican sobre el tipo de persona con el cual estar (la famosa “mala junta” declarada por los padres).

Pareciera que al crecer, no sólo se amplía la superficie del espacio material de la experiencia -como mencionamos en la sección anterior-, sino que paralelamente se trazan con más fuerza los límites de la casa. Además de las edades, este proceso adquiere un formato diferencial por género. Aunque entre ellos y ellas no se marquen grandes diferencias en los permisos para usar el espacio, en las conversaciones con sus cuidadores (madres, tía, entre otros) se pone de manifiesto una idea de lo femenino vinculada al hogar y de lo masculino a la calle. Griselda hablaba de una de sus hijas “ella es... hay, no sabés lo que es... ella es re activa. Aparte hace todas cosas de varón le gusta jugar a la pelota, le gusta salir, va, viene, es así ella, toda tremenda”. La tradicional y vieja dicotomía mujer en el espacio doméstico y hombre en el espacio público se reactualiza.

Un punto interesante para sumar al análisis de los límites de la casa, es prestar atención a los ruidos y las conversaciones que se esconden, o que se dicen sin importar quién esté presente. Por la distribución de espacios de la casa las conversaciones son mayoritariamente compartidas por los que estén presentes. Con el ingreso de un niño algunos comentarios que incumben a parientes directos pueden o no omitirse. En la comparación con estudios sobre sectores medios y altos, se identifican diferencias en torno

a la segmentación por edades sobre lo posible/deseable de escuchar y las formas de comunicación intrafamiliar, así como se encuentran similitudes interclase en los vínculos de “incomunicación” (según el decir de los padres) entre adolescentes y jóvenes con los adultos (Chaves, 2011).

Permisos y transgresiones: tiempo y espacio como eje de la alteridad etaria.

En esta sección nos interesa presentar al espacio como uno de los campos de fuerzas en que en que se produce el “proceso mismo de construcción y disputa de alteridades etarias” (Kropff, 2011), a través de la dialéctica con el espacio. Se trata del análisis del uso de la regulación del tiempo y el espacio para definir, afianzar o discutir el tipo de relaciones entre edades (jerarquías, autoritarismos, capacidades de agencia). Ejemplificaremos con dos formas. Una cuando se imponen prohibiciones de usos de determinados espacios y tiempos como forma de castigo por transgresiones realizadas. Y otra cuando se delimita con espacios y tiempos lo que es posible hacer.

El discurso de los que están a cargo de los más chicos -adultos, a veces jóvenes-, está lleno de marcas espaciales y temporales para indicar las fronteras de lo permitido, lo tolerable y lo prohibido. “Hasta acá llegaste” es una forma expresiva del punto máximo de lo tolerable. “No te pases de la raya”, dibuja preventivamente el acercamiento a lo que no será permitido. “Te quedás sin salir”, es palabra de castigo. “Volvé antes que se haga de noche” indica la temporalidad del permiso. “Andá a jugar pero que yo te vea” construye el espacio sobre el que puede moverse. “Anda mal en la escuela así que no puede salir”, revela la como de un incumplimiento en un ámbito de la vida se traspone un castigo a otro ámbito. Estas dinámicas no tienen novedad, son antiquísimas en los modos de crianza y las estrategias de socialización de la sociedad hacia sus nuevos miembros en todas las clases sociales. Nuestro aporte es intentar leerlas en este particular contexto y nombrarlas desde la marca espacial.

Permisos o negaciones, retos, amenazas y castigos se presentan como modos de regular el comportamiento de niños y jóvenes, pero en tanto se aplican muchas veces sobre sus posibilidades de vivir el espacio, constituyen también elementos reguladores de su espacialidad, temporalidad y de las relaciones que éstas habilitan. Funcionan como soportes

materiales de mecanismos de control destinados a moldearlos como sujetos sociales, apuntalando la interiorización de normas y valores, y al mismo tiempo habilitan la capacidad de agencia del sujeto.¹³

En el Barrio Aeropuerto, los límites del territorio autorizado para que los niños circulen en soledad o en compañía de otros niños de su edad, se superponen aproximadamente con la cuadra, y se extiende a otros puntos donde se ubican las instituciones que frecuentan o donde se sabe que hay algún vecino o pariente. Si quieren “irse para otro lado” los niños se ven obligados a volver a su hogar y “pedir permiso”.

Diariamente en el B.A. nos encontramos con situaciones de niños y jóvenes amenazados o castigados. Generalmente las amenazas giran en torno a los lugares a donde ellos tienen permitido ir. Los parámetros se rigen en torno a la lejanía o cercanía de la propia vivienda. En su mayoría son varones los que pasan prácticamente todo su tiempo libre en la calle, junto a otros pares. Por lo tanto, prohibir la salida del hogar, es uno de los castigos más frecuentes. Las mujeres, que se encuentran más escolarizadas que los varones, permanecen menos tiempo que ellos en la calle. En este caso, el comportamiento “no deseado” se vincula a las salidas con determinadas personas. Ellas son más vigiladas en cuanto a su compañía, el miedo de los padres es mayor, y por tanto se las controla más. El recurso utilizado por las jóvenes muchas veces es la mentira, con más frecuencia que en los varones¹⁴. En algunas ocasiones, la regulación de la espacialidad de niños y jóvenes, negando permisos para ir a determinados lugares en ciertos horarios, tiene como objetivo restringir los vínculos que el uso de los espacios habilita.

Una amenaza recurrente cuando hay reincidencia en las transgresiones consiste en proponer un traslado territorial, a mayor distancia mientras más grande se considere la falta: “te voy a mandar a vivir con tu hermana” (en otro barrio) o, “te mando al Chaco” (provincia de origen). El traslado a las regiones de origen de la migración, donde hay parte de la familia extensa, ha sido registrado exclusivamente para adolescentes y jóvenes, y se funda en la dificultad de evitar que se reúnan con pares no deseados por sus padres o realicen prácticas

¹³ Entendemos la agencia en el sentido de Judit Butler (2002).

¹⁴ Las mismas situaciones han sido registradas por otros investigadores en trabajos con sectores sociales semejantes (Artiñano, 2009; Silba, 2011).

vinculadas con el consumo y la comercialización de drogas, el robo, inasistencia o negación de ir a la escuela y/o situación de no trabajo. Cualquiera de ellas, o en general el entrecruzamiento de varias, llevan a la aplicación de este castigo excepcional. Esta medida última adoptada por los cuidadores para que se respeten las normas establecidas, contribuye en todos los casos a una mejora en la economía doméstica al reducir el número de integrantes del hogar.

La edad es entendida aquí como uno de los principales organizadores sociales junto con la clase, el género y la pertenencia étnica (Feixa, 1996). Cada uno de estos clivajes puede ser pensado en términos de diferenciales de poder, donde un grupo, en este caso niños, adolescentes, jóvenes, en otros, mujeres, homosexuales o minorías étnicas ocupan un lugar de subordinación. Sin embargo, el cruce de estas categorías da lugar a una posición social que emerge en la intersección, y que es diferente a la sumatoria de estas (Lugones, 2008).

Conclusión

A lo largo de este trabajo hemos intentado dar cuenta de diversos modos en que la edad y el espacio se interrelacionan en la construcción de cada uno de ellos. Entendemos que es particular para el caso concreto de los NAYJ con que trabajamos. Y ello es así en vistas de su posición social, del lugar que ocupan en el entrecruzamiento de clase, edad, territorio y género. Sabemos que si esta posición modela la experiencia, las mismas situaciones pueden ser significadas de diversos modos dependiendo quién las vive. La relación entre niños de diversas edades, y sus jóvenes hermanos o parientes, limita y habilita espacialidades compartidas que de diversas maneras, y nunca linealmente, moldean modos de ser niños y jóvenes. En ello se juega una característica del grupo de personas con que trabajamos, y que a diferencia de otros sectores sociales, gran parte de su cotidianeidad no transcurre en espacios formalmente separados por y para grupos de edad.

La edad se construye en parte como dato social en la materialidad de los desplazamientos realizados, la autonomía del sujeto se hace palpable en la distancia espacial y temporal que logra en relación a otros sujetos (sobre todo si se trata aquellos con los que establece relaciones de dependencia, ejemplo: madre, maestro). Según la ubicación en el sistema de grados de edad para nuestros interlocutores, salir del barrio involucra alejarse de las cuadras

que son habitualmente vividas, ir al centro o desplazarse a otra localidad. En uno u otro caso, tal posibilidad tiene lugar en compañía de alguien unos años mayor, ya sea hermano, primo o tío, que sin ser adulto, ya ha pasado por la experiencia y conoce cómo hacerlo. Esta es una característica relevante de su socialización y uno de los modos en que saberes y valores circulan y se instituyen. La geografía de niños y jóvenes se moldea en diálogo con los criterios de quienes están a su cargo y si bien muchas veces los límites espaciales son respetados, en ocasiones también son transgredidos. Al usar los espacios permitidos o prohibidos, subvirtiendo o respetando lo establecido, ellos negocian sus infancias y juventudes a partir de sus interacciones con pares, personas de otros grupos etarios y con los lugares andados, creando determinadas espacialidades (Lopes y Vasconcellos, 2005; Muniz Figueiredo Costa, 2010).

Reconstruir la espacialidad de los NAYJ ha permitido profundizar el conocimiento de su sociabilidad y los modos en que se construyen sus infancias y juventudes desde una mirada relacional que buscamos profundizar. De este modo se abren nuevos interrogantes que ponen énfasis en el *entre*, es decir en los modos en que se es niño en relación a quiénes no los son, en cómo los jóvenes se reconocen como tales en los vínculos que establecen entre pares, pero también con quienes los consideran mayores y menores, lo que permite hablar también de cómo la adultez se configura situacionalmente.

Bibliografía

- Artiñano, Néstor (2009) *Masculinidades incómodas: jóvenes, género y pobreza en el inicio del siglo XXI*. Tesis de Maestría en Trabajo Social, Facultad de Trabajo Social, Universidad Nacional de La Plata. Acceso http://sedici.unlp.edu.ar/bitstream/handle/10915/2104/Documento_completo.pdf?sequence=1
- Bourdieu, Pierre (1999) *La miseria del mundo*. Barcelona: Ed. Akal.
- Butler, Judit (2002) *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del sexo*. Buenos Aires: Paidós.
- Chaves, Mariana (2009) “Barrio y centro en La Plata: dinámicas generacionales y biográficas de apropiación del tiempo y el espacio” ponencia presentada en VIII Reunión de Antropología del MERCOSUR. Buenos Aires. Inédita.
- Chaves, M. (2010) *Jóvenes, territorios y complicidades. Una antropología de la juventud urbana*. Buenos Aires: Espacio Editorial.
- Chaves, Mariana (2011 en prensa) “Jóvenes entre el centro y la periferia de la ciudad, del Estado y de la academia” en Carpio, Jorge Las políticas sociales urbanas y la construcción de ciudadanía. Buenos Aires, Paidós.

- Da Matta, Roberto (1997) *A Casa & A Rua*. Río de Janeiro, Rocco.
- Da Silva Mello Marco Antonio y Arno Vogel (2007) “Cuando la calle se transforma en casa: algunas consideraciones sobre habito et diligo en el medio urbano”. En: Cuadernos de Antropología Social Nº 25, pp29-49.FFyL-UBA
- De Certeau, Michel (2000) *La invención de lo cotidiano I*. México: ITESO.
- Evans-Pritchard, E. E. (1977) [1940]. *Los Nuer*. Barcelona: Editorial Anagrama.
- Feixa, Carles (1996). En: En: J. Prat & A. Martínez (eds), *Ensayos de Antropología Cultural. Homenaje a Claudio Esteva-Fabregat*. Editorial Ariel, S.A., Barcelona, 1996. pp. 319-335
- Gutierrez, Alicia (2007). Herramientas teórico-metodológicas de un análisis relacional para los estudios de la pobreza. del 2007 Global Theme Issue on Poverty and Human Development, Council of Science Editors (CSE). <http://www.councilscienceeditors.org/globalthemeissue.cfm>
- Hannerz, Ulf (1993). *Exploración de la ciudad*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Hernández, M.F.; Chaves, M., Chimelaro, C., Cleve, A., Duarte, G.; Quinteros, A. (2010) “Pequeña ciudadanía: tensiones entre el derecho abstracto, las políticas públicas y la vida cotidiana de adolescentes en el B.A”. Actas electrónicas VI Jornadas de Sociología de la UNLP. La Plata, diciembre de 2010. ISBN 978-950-34-0693-9
- Indec (1984). *La pobreza en la Argentina. Serie de Estudios Indec n°1*. Buenos Aires.
- Kropff, Laura (2011). “Apuntes conceptuales para una antropología de la edad”. En: *Avá*, revista de antropología, 16: 171-187.
- Lindón, Alicia (2005) “Figuras de la territorialidad en la periferia metropolitana: topofilias y topofobias”, en Reguillo, Rossana y Godoy, Marcial (Ed.). *Ciudades Translocales: espacio, flujo, representación*. México, ITESO/SSRC.
- Lindón, Alicia (2006) “Territorialidad y género: una aproximación desde la subjetividad espacial” (2006) en Ramírez Kuri, Patricia y Aguilar Díaz, Miguel (Coords.) *Pensar y habitar la ciudad. Afectividad, memoria y significado en el espacio urbano contemporáneo*. México, ANTHROPOS.
- Lugones, María (2008) “Colonialidad y género” en *Tabula rasa*, No 9: 73-101, julio-diciembre 2008. Bogotá. Colombia.
- Magnani, J. (2002) “De perto e de dentro: notas para uma etnografia urbana”, en *Revista brasileira de ciencias sociais*. Volumen 17 Nº 49 pp. 11-29.
- Magnani, J. (1998), *Festa no pedaço: cultura popular e lazer na cidade*. 2. ed., São Paulo, Hucitec.
- Merklen, Denis. (2005). *Pobres ciudadanos. Las clases populares en la era democrática (Argentina, 1983-2003)*. Buenos Aires: Gorla.
- Lopes Jader y de Vasconcellos (2005). *Geografia da Infância. Reflexões sobre uma área de pesquisa*. Juiz de Fora: FEME.
- Muniz Figueiredo Costa Bruno. (2010). *Crianças e suas geografias: processos de interação no meio técnico científico-informacional*. Programa de Pós-Graduação em educação. Niterói. Disponible en <http://geografiadainfancia.blogspot.com> (Abril 2010).
- Segura, Ramiro (2010) *Representar. Habitar. Transitar. Una antropología de la experiencia urbana en la ciudad de La Plata*. Tesis de Doctorado en Ciencias Sociales. IDES, Universidad Nacional de General Sarmiento. Buenos Aires. Inédita.
- Silba, Malvina (2011) *Vidas plebeyas: cumbia, baile y aguante en jóvenes del Conurbano Bonaerense*. Tesis de Doctorado en Ciencias Sociales, Facultad Ciencias Sociales, UBA. Inédito.

- Ortner, Sherry (2005) “Geertz, subjetividad y conciencia posmoderna”, en Etnografías contemporáneas. Año 1, N° 1. pp. 25-54. Buenos Aires, UNSAM, 2005.
- Thomassim, Luís Eduardo Cunha (2007). “Imagens das crianças da periferia em projeto sociais esportivos”. En: Stigger, M P, Gonzáles, F J y Silveira R da (orgs) O Esporte na Cidade. Porto Alegre: UFRGS editora.